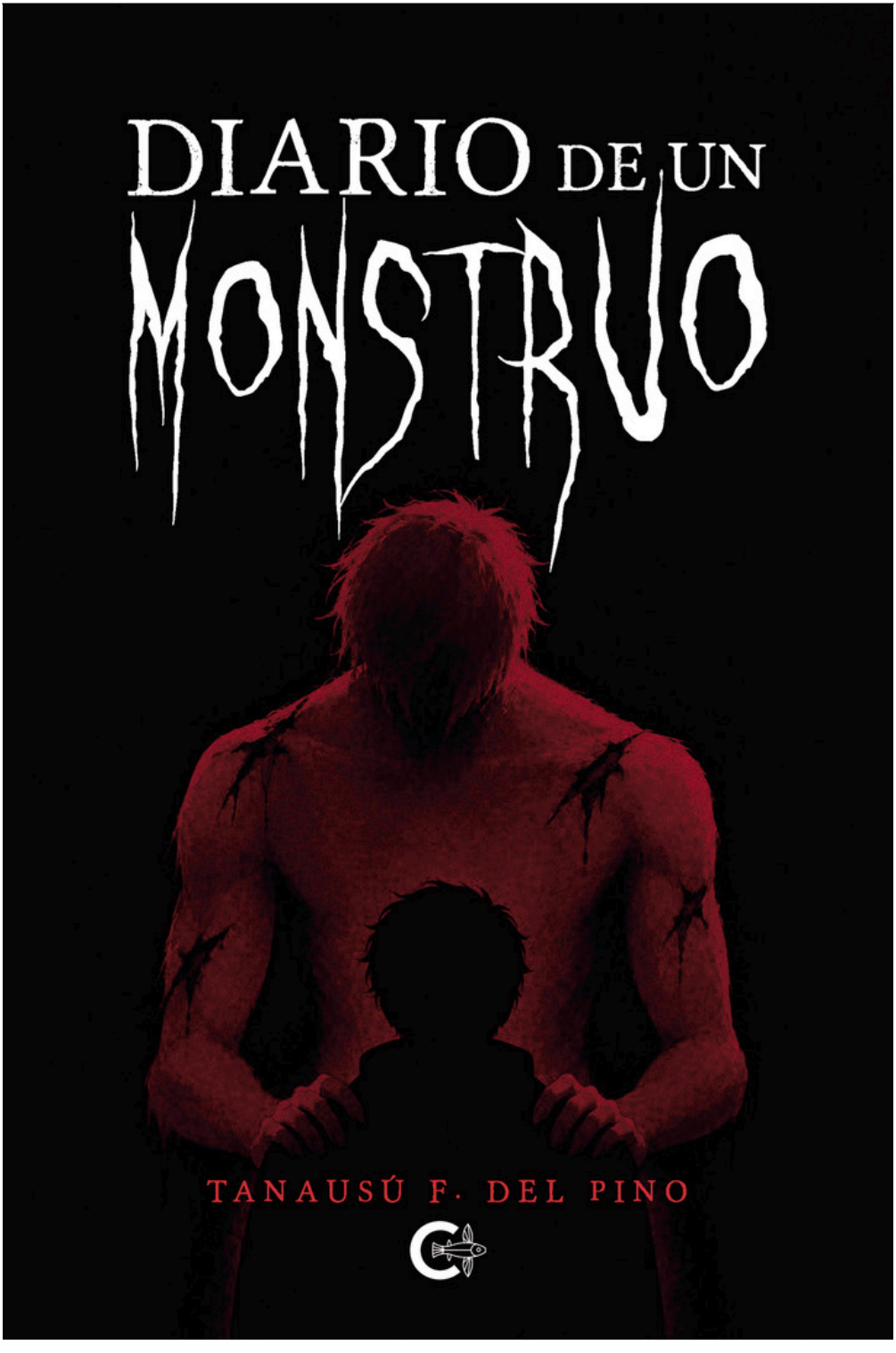
DIARIO DE UN MONSTRUO



TANAUSÚ F. DEL PINO

I

Dieciocho años atrás

No podía moverme. Mis piernas temblaban tanto que me parecía imposible seguir en pie.

Tenía la cara mojada. Lágrimas, sudor... sangre. Ya ni siquiera podía distinguirlo. Una gota cayó desde mi flequillo y se deslizó lentamente por mi mejilla. Sentí una arcada al notar que aún estaba caliente.

Me di cuenta de que llevaba varios segundos aguantando la respiración, con el abdomen rígido por la tensión del momento. Di una bocanada entrecortada. El olor metálico precedió el sabor salado y a hierro de las gotas que lograron colarse dentro de mi boca.

Me pasé el dorso de la mano por los ojos, logrando así ver con claridad. Frente a mí, mi madre limpiaba el cuchillo ceremonial con el bajo de su túnica, aquella que solo se ponía para ir a misa. Sus manos temblaban tanto como las mías.

La miraba fijamente, esperando... algo. Una señal de que todo estaba bien. Una orden. Lo que fuera. Porque hasta hacía un momento ella era solo mi madre: la que me hacía tostadas con forma de corazón, la que cantaba bajito cuando no podía que-

darme dormido, y la que me escondía notitas en los bolsillos de la mochila para que las encontrara en el colegio.

Ahora estaba allí, con la cara manchada, el pecho subiendo y bajando como un animal acorralado.

Mateo estaba boca abajo, con el cuello completamente vuelto. Sus ojos sin vida me miraban fijamente.

Había dejado de respirar bastante antes de recibir la última apuñalada.

No se me iba de la cabeza el sonido, el ruido húmedo del cuchillo atravesando la carne una y otra vez.

Acababa de ver a mi madre matar a un hombre. Lo apuñaló repetidamente por la espalda y, cuando cayó al suelo, siguió clavándole el cuchillo con una violencia imposible de detener. Su brazo subía y bajaba sin descanso, de forma mecánica. Salvaje.

El tiempo parecía deformarse alrededor de aquella escena. Todo ocurría demasiado rápido y demasiado lento al mismo tiempo. Entre una cuchillada y la siguiente mi cabeza se llenaba de pensamientos absurdos, inconexos, cualquier cosa que me impidiera comprender lo que estaba viendo realmente.

Porque aquello no podía estar pasando.

Sabía que era algo prohibido, atroz. Ningún niño de nueve años debería presenciar una escena así. Nadie debería hacerlo.

La sangre brotaba del cuerpo en pequeñas salpicaduras con cada golpe, manchando el suelo, las paredes... a mí.

Y, aun así, eso no era lo peor.

Era verla a ella.

—¿Mamá? —pude decir con un fino hilo de voz, casi inaudible.

—Mamá está aquí, Caelian. No te preocupes —me dijo, intentando calmarme mientras ponía la palma de su mano húmeda sobre mi mejilla—. Vamos, tenemos que irnos a casa.

Me agarró del brazo y me llevó a rastras. Mis cortas piernas apenas podían seguirle el ritmo acelerado, recorriendo intermi-

nables pasillos oscuros, intentando salir de aquel lugar. Izquierda, luego derecha, otra vez derecha, no, media vuelta, derecha, izquierda de nuevo...

Con cada giro mi corazón daba un vuelco. No entendía nada. Solo quería que todo acabara y volver a la normalidad.

Noté cómo mis mejillas comenzaron a secarse, tensando algunas zonas de la piel y causándome una picazón insoportable. Cada picor era como un recordatorio de lo que acababa de pasar: un clavo que se enterraba en mi mente sin piedad.

Sin previo aviso, nos encontrábamos en el exterior. La luz del sol nos abrazó cegándonos durante unos segundos. La calidez se entremezcló con el frío húmedo del interior, generándome una extraña sensación.

Una gran finca nos rodeaba. Cabras, vacas, cerdos y gallinas llenaban el lugar. Seguimos andando hasta dar con uno de los abrevaderos de madera. El olor a putrefacto impregnaba la zona. A pocos metros pude ver una pila de cuerpos desmembrados de gallinas, con varias moscas verdes revoloteando por aquí y por allá.

Mi madre cogió un poco de agua con ambas manos y frotó mi cara con brusquedad. No me quejé.

El abrevadero no tardó en teñirse de rojo. Se agachó y empezó a limpiarse ella también. Se quitó la túnica y me ayudó a hacer lo mismo con la mía. Ambos nos quedamos desnudos, como siempre después de las ceremonias. Y ya ni siquiera me resultaba extraño sentir la piel expuesta al aire frío. Con el tiempo, el pudor había dejado de existir.

No paraba de mirar a todos lados, en alerta, por si en cualquier momento aparecía alguien.

A lo lejos se alzaba la iglesia, inmóvil y oscura, reinando el lugar como si del castillo de una ciudad medieval se tratara. A nuestra izquierda destacaba la gran casa, mucho más grande que el resto

de las cabañas, donde guardábamos nuestras cosas: la ropa, las pertenencias... el bolso de mi madre.

Tras una breve pausa que aproveché para tomar aliento, me volvió a agarrar del brazo y continuamos caminando a paso ligero. Entramos por la puerta trasera de la casa. El pasillo estaba repleto de cuadros con imágenes de grupos de personas vestidos de negro bailando, haciendo una hoguera o comiendo en el gran salón.

Fuimos directos a la sala donde estaban nuestras cosas. Me volví a poner el uniforme del colegio sin darme cuenta de que me había puesto el pantalón del revés por las prisas.

En el piso de arriba comenzaron a escucharse pasos. No estábamos solos. Mi madre posó su mano en mi hombro e hizo un gesto para que no hiciera ruido. No tuvimos tiempo de ponernos los zapatos, así que caminamos descalzos hasta llegar a la puerta principal.

Al salir, nos descubrimos en lo que parecía un aparcamiento improvisado: un terraplén amplio donde varios coches se encontraban aparcados de forma caótica, como abandonados a la prisa.

Alcé la vista hacia el horizonte, buscando alguna referencia, pero no había nada. Solo campo abierto en todas direcciones, una llanura desolada que se extendía hasta perderse.

Un grito agudo y desgarrador rompió el silencio, tan lejano como imposible de ignorar. Me atravesó el cuerpo entero, helándome la sangre al instante.

Y antes de que mi mente pudiera siquiera procesarlo, llegaron más. Gritos que no venían de un solo punto, sino de todos lados a la vez.

Echamos un vistazo hacia atrás.

Y entonces los vimos.

Varios feligreses irrumpían de entre los caminos detrás de nosotros, saliendo de la oscuridad con una velocidad que no encajaba con la calma del lugar. Sus figuras se abrían paso como manchas.

—¡Caelian, corre! —chilló mi madre, jalando con todas sus fuerzas de mi mano.

El dolor de sus uñas clavándose en mi muñeca hizo que me olvidara del que sentía en las piernas, que me estaban comenzando a fallar.

Pero sabía que no era momento de flaquear.

La multitud estaba cada vez más cerca, estrechando la distancia entre ellos y nosotros. Eran hombres y mujeres de todas las edades vestidos con túnicas negras. Sus caras estaban marcadas por la ira.

Cuando al fin pudimos llegar al coche, mi madre comenzó a buscar las llaves en el bolso.

Histérica, giró el bolso y dejó caer todas las cosas en el suelo: la cartera, el maquillaje, un paquete de pañuelos, una cajetilla de tabaco, el teléfono plegable y, al fin, las llaves. Las cogió, junto con el teléfono y la cartera y dejó todo lo demás.

Nada más abrir el coche, nos sentamos y cerramos los pestillos; pero la multitud ya nos estaba rodeando, intentando abrir las puertas y gritando.

—¡Zorra infiel!

—¡Guarra del demonio!

—¡Blasfema!

—¡Irás al infierno!

—¡Mereces ser castigada!

El coche no paraba de tambalearse. Miré a mi madre con temor de que pudieran llegar a volcarlo. Ella me devolvió la mirada, con una sonrisa apenas perceptible. Aquel gesto no cambiaba nada, pero consiguió hacerme sentir a salvo durante un instante. El coche seguía tambaleándose, la multitud gritando en el exterior, y yo me aferraba a esa sonrisa pretendiendo que todo estaba bien, aunque supiera que nada lo estaba.

Golpeaban las ventanillas con las palmas abiertas y con los puños. Gritaban cosas que no comprendía del todo, mezcladas con insultos y jadeos furiosos.

El cristal de atrás se rompió con un estruendo seco y varios brazos se adentraron por la ventana como tentáculos desesperados. Uno de ellos casi me roza la cara. Vi uñas sucias, dedos ensangrentados y una alianza dorada en una mano que trataba de alcanzar a mi madre.

Consiguieron abrir la puerta justo cuando mi madre arrancó el coche. La marcha atrás fue brusca, derribando a los que no pudieron apartarse a tiempo. Escuché gritos más agudos, un golpe sordo, y el coche dio varios brincos pasando por encima de algo... o de alguien.

Las ruedas patinaron unos segundos en la tierra antes de encontrar tracción y, finalmente conseguimos salir de allí, hacia la carretera.

Me asomé un momento a mirar por el retrovisor. La multitud estaba allí, alejándose, y mirándonos fijamente. Maldiciéndonos.

Estuvimos todo el camino en silencio.

—Dúchate y asegúrate de frotarte bien la sangre de la cara —fueron sus palabras al llegar a casa—. ¡Ah! —exclamó agarrándome del hombro—, y ni una palabra a tu padre sobre esto.

Cuando me fui a soltar me agarró del brazo con más fuerza.

—A nadie, ¿entendido?

—Entendido.

Me duché mientras mil preguntas me rondaban por la cabeza: ¿qué pasaría si alguien me preguntaba?, ¿debería decir la verdad o proteger a mi madre?, ¿iría ella a la cárcel?, ¿qué sería de mí si eso pasara?, ¿y si los feligreses nos encuentran?

Intenté olvidarlo todo, dándome varios golpes en la sien con el puño cerrado, dejando al agua arrastrar todos mis pensamientos.

—¿Tienes hambre, cariño? —preguntó cuando salí de la ducha—. Venga, vamos y te compro un helado. Al fin y al cabo, es tu cumpleaños.

PRIMERA PARTE

Valentina

II

Presente

La mesa del comedor estaba volcada. Vi platos rotos esparcidos por el suelo, espaguetis pegados a las patas de las sillas y la pared manchada de salsa de tomate.

Valentina estaba agachada junto al desastre, recogiendo los trozos de cristal y de porcelana con las manos temblorosas. La falda blanca que se solía poner los días calurosos estaba enteramente salpicada de rojo.

Yo, al otro lado, apenas podía respirar. Los oídos me palpitaban con furia, escuchando un tambor que poco a poco fue dejando de sonar. No entendía qué acababa de pasar. Lo último que recordaba fue la discusión. Aquella que surgió por una tontería, algo mínimo, nada que justificara aquello.

—¿Qué... qué ha pasado? —pregunté desconcertado. Mi voz era apenas un murmullo.

Ella levantó la cabeza con los ojos vidriosos. Su mirada vaciló sobre mí, incapaz de reconocerme.

—¿En serio me lo preguntas? —su voz quebrada mezclaba miedo y rabia—. Te has vuelto loco, Cael. Me has dicho cosas horribles... cosas que ni quiero repetir. Me has tratado como la mierda.

Negué lentamente con la cabeza.

—No, no... yo no... —las palabras se me atragantaron. Me agaché para estar más cerca de ella—. No recuerdo nada. De verdad.

Valentina apretó los cristales rotos que sostenía en una mano con fuerza. Dos gotas de sangre cayeron al suelo.

—Oye, te estás haciendo daño...

—¡¿QUE NO RECUERDAS NADA?! ¡PUES CLARO QUE NO RECUERDAS NADA!

Tiró con fuerza los trozos ensangrentados contra la pared.

—Tú nunca recuerdas nada, Cael —bramó mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Sabes qué? —preguntó mirándome fijamente, dejando unos segundos de pausa antes de contestar a su propia pregunta—. He pasado miedo, mucho miedo. Nunca te había visto así.

Me sentí atrapado entre la confusión y la certeza de que, aunque no pudiera recordarlo, algo dentro de mí había salido a la superficie.

Me levanté de nuevo, sin decir palabra. Cogí unas gasas y el alcohol del botiquín; aquel que habíamos comprado a la semana de habernos ido a vivir juntos, y que nunca habíamos abierto. Le limpié las heridas de la mano e improvisé una venda.

—Lo siento mucho, de verdad —comencé a decir, aún sujetándole la mano herida.

Sus ojos, oscuros y profundos, volvieron a clavarse en mí, y en ese instante el mundo dejó de importar. Había algo en su mirada que me desarmaba por completo, algo capaz de incendiarme el pecho con una sola caricia silenciosa. No pude evitar sonreír, porque verla era eso: sentir que la vida, por fin, tenía sentido.

—Te amo... más de lo que puedo expresar incluso. Y de verdad que me siento fatal por esto... aunque te prometo que no recuerdo qué pasó.

Valentina se limitó a asentir con la cabeza, pero apartó su mirada hacia la ventana, donde se veía a una bandada de pájaros volando en el cielo despejado.

Cuando ya había terminado de recoger los trozos del suelo con la escoba, me fijé en mis propias manos. Tenía los nudillos de la derecha enrojecidos, casi en carne viva, y no recordaba habérmelos golpeado contra nada. Me quedé mirándolos un segundo de más, tratando de encajar esa imagen con el vacío que tenía en la cabeza, cuando tocaron a la puerta. El golpe seco resonó con autoridad. Valentina y yo nos miramos, sin necesidad de decir nada. Al abrir, dos agentes de policía ocupaban el umbral, con el gesto severo y los brazos cruzados. «La he liado. Joder, esta vez la he liado fuerte».

—Buenas tardes —dijo el más alto—. Nos han llamado varios vecinos alegando escuchar gritos y golpes. ¿Todo en orden?

Tragué saliva, sin saber qué decir; pero Valentina fue más rápida:

—Sí, todo bien, fue solo... una discusión de pareja. Nada grave.

El agente clavó la mirada en el desastre tras ella: la mesa volcada, la pared manchada, los platos hechos añicos. Después bajó la vista hasta la mano de Valentina. Un pequeño círculo rojo empezaba a abrirse paso a través de la venda.

—¿Es la segunda vez que venimos a este domicilio este mes? —murmuró el más bajo, sin apartar los ojos de mí.

Valentina se puso rígida al oírlo. No dijo nada, pero su mano libre se movió hasta cubrir la mancha del vendaje.

—Señora, ¿necesita atención médica? —preguntó el primero con tono grave.

—No, no, de verdad... estoy bien —insistió ella, escondiendo un poco la mano tras la falda—. Ha sido solo un accidente.

—Los accidentes no ocurren después de una amenaza.

—¿Amenaza? —pregunté desconcertado.

—Me dijiste que ibas a... —empezó a decir Valentina, con la voz quebrada, pero no terminó la frase. Se llevó la mano a la boca, incapaz de pronunciarlo, y negó levemente con la cabeza.

Sentí que el estómago se me hundía. Miré mis propios nudillos otra vez, buscando una respuesta que no llegaba.

El agente ya había puesto un pie dentro.

—Señor, ¿podría acompañarnos, por favor? —preguntó, agarrando mi hombro con fuerza.

—¿Qué? —balbuceé, retrocediendo un paso—. No he hecho nada.

—Con una llamada por amenazas, el estado en el que se encuentra la señora y sus antecedentes en esta dirección, el protocolo nos obliga a intervenir, aunque ella no quiera denunciar —respondió el otro, mientras se acercaba con las esposas en la mano.

—¡No! —exclamó Valentina, interponiéndose—. Os digo que no hace falta; no quiero denunciar nada. ¡Dejadlo en paz!

El policía no se inmutó.

—Señora, lo entiendo, pero no depende solo de usted.

Cuando sentí el frío del metal cerrarse sobre mis muñecas, un nudo me apretó el pecho. Miré a Valentina, que sollozaba, impotente. El otro agente susurraba algo en el *walkie-talkie* que llevaba sujeto al hombro.

—Tranquilo, mi amor... —intentó consolarme Valentina—, llamaré a tu madre. Ella sabrá qué hacer.

—¡No, a ella no! —alcancé a decir, justo antes de que los agentes me empujaran hacia fuera.

El pasillo del edificio se convirtió en un túnel opresivo mientras me conducían hacia el coche patrulla. El eco de mis pasos mezclado con el de sus botas fue lo último que escuché antes de que la puerta del vehículo se cerrara tras de mí.